Nº 526 / CIU 31

Año 3 — Santiago, Martes 23 de Setiembre de 1845. — Num. 831.

EL PROGRESO.

EL PROGRESO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 23 DE 1845.

SITUACION POLITICA DE LA REPUBLICA.

ARTICULO PRIMERO.

Emos aguardado interponer el lapso de algunos dias entre los acontecimientos de qe vamos a ocuparnos i la apreciacion qe nos proponemos acer de su importancia política, esperando qe los acentos de la razon se agan escuchar mas fácilmente aora qe las pasiones favorables a estilos parecen mas calmadas. Inútil abria sido nuestra espectativa, si obiésemos aguardado a qe se disipase la nube de dicterios i recriminaciones con qe se pretende encubrir una impotencia qe necesita sublevar las pasiones mas desorganizadoras, en defecto de las armas lejítimas qe proporciona a las ideas la tranqila i ordenada discusion de las opiniones i principios qe dividen a los partidos. La prensa de Chile presenta el un fenómeno único entre los pueblos civilizados: los improperios i la difamacion derramados diariamente con una virulencia i un tezon qe pasman, an sido declarados por una fraccion de la sociedad, como el único medio efectivo de obrar sobre la opinion pública. En 1841, la *Guerra a la Tiranía*, redactada entre otros por D. Pedro Godoi, vióse forzada por la execracion qe se concitó, a ceder su puesto a otros periódicos, qe si no brillaban por la fuerza del razonamiento, eran al ménos dignos de representar un partido compuesto entónces de ombres decentes i morales. Oi sucede lo contrario: *El Republicano* redactado por el señor Vicuña a desaparecido en presencia del *Diario de Santiago*, qe escribe el señor Godoi, como si la moderacion en las palabras, la decencia en los conceptos, i la discusion de los principios fuesen aora armas impotentes e inútiles para obrar sobre la opinion pública, i solo el lenguaje virulento, las imputaciones gratuitamente calumniosas, la decepcion, la torpeza de los conceptos, tuviesen filo suficiente para erir a sus abersarios políticos. ¿A decendido Chile desde 1841 a 1845, en civilizacion, en elevacion de sentimientos i en dignidad, para qe las producciones de la pluma del señor Godoi sean aora alimento adecuado i gustoso para los lectores qe en 1841 las rechazaron como nauseabundas i groseras? Nosotros vamos a mostrar qe no, sin dejar de convenir en qe se a logrado relajar las ideas de moralidad qe tiene cada ombre cuando las aplica a sus propias acciones, pero qe pueden transijir, en épocas dadas, con el vicio, cuando este se ostenta impune e impávido en los echos públicos, o en los órganos de la opinion. No de otro modo se esplica la entronizacion del crímen en las revoluciones, i cómo ombres de costumbres puras e intachables mojan sus manos en la sangre de las víctimas qe amontona la fiebre revolucionaria; de este modo se esplica cómo se elevan i sostienen los tiranos por medio de los actos mas criminales, i cómo los pueblos familiarizados de antemano con el espectáculo de los atentados miran al fin con ojo sereno los qe se repiten diariamente a su vista, qe ya no los escandalizan, porqe el ábito a corrompido la conciencia de lo justo i qe no lo irritan, porqe las fibras estan ya ménos sensibles a fuerza de aber sido escitadas. E aquí cómo las costumbres de una nacion se degradan i envilecen lentamente, asta producir aberraciones qe el estraño mira con sorpresa, pero qe el qe vive en el teatro de esta escena ni aun sospecha qe pueda escitar el vituperio, bien así como el viajero encuentra un pueblo qe se cubre de grasa el cuerpo, se lo desfigura i ace deforme por una corrupcion del gusto nacional.

Nosotros apelamos [illegible] los medios empleados por el *Diario de Santiago* son lejítimos, decentes i justos! Sin duda qe los qe lo afirmasen no contarian en su apoyo con la opinion de los mismos sostenedores de aqella produccion, pues todos ellos convienen, su autor inclusive, en la inmoralidad del medio adoptado, si bien encarecen las ventajas qe de ello reportan. Esturarémos por la última vez a examinar las consecuencias de este sistema, i los tristes resultados a qe puede conducir; mostrarémos cómo sin ajar en nada a los ombres qe forman la Administracion, se destruye el Gobierno, se debilita la autoridad, i la moral i las leyes, independientes de las personas, son las únicas víctimas de estas maqinaciones, vergonzosas en otras épocas, oi muestra de jenio político i de abilidad. El *Tiempo*, ablando de Facundo Quiroga, a dicho con justicia: "La grandeza de estos ombres se cifra precisamente en la trivialidad de sus maqinaciones, en lo comun de los resortes de qe echan mano, consiguiendo así resultados estrictamente ijos de las circunstancias, i qe si quisiesen obtener de otro modo, serian quiméricos." ¿No podríamos aplicar este juicio a nuestros inventores de medios políticos de ataqe, qe conoce tambien como ellos, una mujer maldiciente i díscola? ¿No podríamos con el *Tiempo*, encontrar una justa posicion entre la moralidad de las doctrinas del autor i la de los lectores a qien destina esta publicacion? ¿Por qé se a renunciado a toda verdad, a toda justicia, a los medios qe la prensa de los pueblos civilizados tiene consagrados? ¿Será porqe no se cuenta con la parte moral i civilizada de la nacion para obtener los resultados a qe aspiran?

Por desgracia, esto no es una conjetura, es un echo confesado, i sostenido por otros echos no ménos monstruosos qe los qe la prensa ostenta, i de estos i de todos pensamos ocuparnos seriamente, porqe sérias pueden ser las consecuencias, si la opinion pública no se apercibe en tiempo de remediarlas, así como una pequeña abertura en el cauce de una corriente por un indiscreto o un mal intencionado, puede inundar un pais, derrumbando las aguas de su curso natural i útil.

Inútil seria qe nos contrajésemos a examinar la veracidad de los conceptos del *Diario de Santiago*: la mentira confesada no se refuta, la calumnia i las mentiras forjadas a designio por el *Diario de Santiago* an producido actos públicos, i en estos actos públicos esplicarémos los designios con qe se propuso.

No a muchos dias qe aqel diario, atacando por la *Correspondencia* a la Municipalidad, le imputa un acto criminal. El *Diario de Santiago* a falsificado desde ántes la parte de los diarios qe se llama Correspondencia. Creemos qe su autor no negará este echo; a saber, qe cuando qiere, cuando le conviene suscribir un escrito por un *frances*, un *cordovez*, un *arjentino*, un *padre de familia*, sin qe el público entienda por eso qe el padre de familia, o el frances o el arjentino sea otro qe el autor del diario mismo. Si es el caso de la imputacion a la Municipalidad no se ubiera realizado este fraude, el autor responsable presentado por el señor Godoi no seria parte a desvanecer las sospechas, sometiéndose con este echo al cúmulo de decepciones qe forma este singular sistema de ataqe, en qe todo se encuentra, ménos la moral i la franqeza. Correspondencia mentida, autor mentido, cargo contra la Municipalidad mentido, i un según se *dice* por via de escudo contra la lei, todavia mas mentido.

Con estas cuatro ficciones se promovió un jurado. El señor Godoi a protestado ante los jueces qe aqel asunto nada de comun tenia con la política. El *Diario de Santiago* a echo de él, antes i despues del jurado, un asunto esclusivamente de política, i los echos posteriores lo an probado, como así mismo los preparativos i maqinaciones puestas en ejercicio. Creemos qe nadie duda de qe la cámara convocada el 12 fué traida espresamente para tomar parte de aqella farsa política; i si alguien fuera tan candoroso para dudarlo, las tentativas realizadas el sábado para acerla penetrar asta la plaza, contra las órdenes de la policía, no lo dejarian sobre esto lugar a conjetura.

Abia, pues, un jurado de imprenta sobre asuntos indiferentes a la política, para acer de él la ocasion de una manifestacion [illegible] aqella clase de la sociedad qe no está admitida por la Constitucion a tomar parte alguna en las deliberaciones del ciudadano. Todavia en esto el fraude se ostentaba con toda la impavidez qe an podido darle tantos antecedentes de su jenero, i tan larga [illegible] de falsedades i de amaños criminales.

Emos creido indispensable acer la enumeracion de todos estos antecedentes para llegar al punto de qe nos pensamos ocupar en lo sucesivo, i mostrar cómo la moral pública a sido conculcada, las leyes i la conciencia burladas; i cómo se fue la *autoridad*, este sentimiento qe está depositado en todos los corazones, empieza a debilitarse, por la violacion diaria de las convenciones morales en qe reposan las sociedades umanas, pudiendo llegar la maldad de todos los vínculos sociales a producir alarmas para el presente, dejando preparados para el porvenir, elementos revolucionarios qe se acen madurar a fuerza, digámoslo así, aplicándoles estimulantes qe no existen en su estado natural, o creando una atmósfera corrompida i ardiente para qe sean prontos desarrollos. Sin contraernos a esta tarea con pasion ni encono, no por eso la desem-

→ P. 2

FOLLETIN.

SUSANA LA COCINERA.

POR LEON GOZLAN.

CONTINUACION.

—Mi opinion, dijo él a su amigo; ¿tú qieres conocer mi opinion? La vas a saber.... Primeramente bébete un vaso de este ajenjo suizo, qe te recomiendo.

El Comandante, sin levantarse de su sillon, abrió un armario peqeño colocado cerca de la chimenea, sacó un azafate con una botella de ajenjo i algunos vasos. Vertió el licor aromático i vivificador. Cuando ubieron bebido ámbos, él por desiumbrar i de Marieux para aturdirse, dijo con un tono de conviccion mui estraordinaria en un ombre qe no a conocido las dulzuras del matrimonio:

—No solamente apruebo el aberte separado de tu mujer, con la cual ya no podias estar razonablemente, sino te confieso, ya lo ves, qe a sido necesario tener una paciencia archi—cristiana para no aberlo echo ántes. Pero los ombres, tú, yo i todos los otros, tenemos mas miedo de lo qe es débil qe de lo qe es fuerte. Nos conducimos un jigante i terribles como verdaderos patos delante de esa oja de papel qe se llama mujer. Razonamientos, consejos, todo es inútil. Por mas qe uno se arme de los pies a la cabeza, llegan ellas, soplan i se cae uno a tierra. ¡A lo mio qe es majadería! ¡qé es estupidez! ¿De qé nos sirve el tener pelo en la barba, nervios, muñecas de ierro, entendimiento para deshacerse uno enmo nieve a los cuarenta i seis años de edad ante una mujer? ¿Si te apruebo? repitió el Comandante apretando contra su pecho a su amigo de Marieux conmovido con este consentimiento; te bendeciria si supiese cómo se bendice.

—I no estás aun casado, querido amigo, dijo de Marieux; ¿qe dirias si lo estuvieses?

—Ya adivino como andan las cosas en ese rejimiento.

—Aora qe me as aprobado plenamente, dime lo qe a de acer.

—En primer lugar, no cambiar en nada tu determinacion; de lo contrario, tu mujer te ará tragar esta vez guantes viejos. ¿Qé as de acer! me preguntas; eres rico, es necesario viajar.

—¿Viajar? Pero ......vuelve uno.

—¡I qé!

—Es como si no ubiese partido.

—Sin duda. En ese caso, vive como soltero.

—Es mas prudente.

—Sí, vive como soltero.

—Como tú, ¿no es verdad?

—Como yo......o como otros.

—No como tú. Este palacio es un paraiso. ¡Qe bien se está aqí! ¡Qé tranqilidad de espíritu! ¡Qé calma! ¡Ni cortejo qe te arruine, ni mujer qe te tiranice!....Eres un semidios, Comandante.

—Tambien tengo mis fastidios, Marieux.

—Los fastidios qe resultan de la sociedad, de un contentamiento demasiado grande.

—No por cierto.

—¡Vamos! Ya adivino tus fastidios, arrendadores qe no te pagan, ¿no es eso? criados qe te sirven mal a veces. Es todo eso picaduras de insecto, i nada mas.

Mistral apareció de nuevo; pero al instante qe le vió entrar, el Comandante, qe tenia sus apartes, se dirijió a él.

—¿Hé tenemos de nuevo?

—Se va arreglando......

—¿Cenarémos luego?

—Sí, mi Comandante. Pero........

—¿Pero qé?

—E echo qe trajesen de Villeneuve—Saint Georges armoso pescado.

—¿I qé?

—Pues están ai los pescadores, i no puedo decirles qe se vayan sin pagarles. Necesito doce francos.

—¿Necesitas doce francos?

El Comandante rejistró todos sus bolsillos, los del chaleco, los del pantalon, i no logró reunir sino seis sueldos.

—La señorita Susana, preguntó a Mistral ¿no a dejado nada para el gasto del palacio?

—No, señor, puesto qe contaba con lo qe qedaba en la alacena.

—Pues bien, dales los doce francos a los pescadores.

—Están esperando qe me los dele primeramente.

—Diles qe vuelvan.

—Pero, señor Comandante, vienen de Villeneuve Saint—Georges.

—Espera un instante.

I el Comandante Mauduit se paseó entónces a largos grandes pasos en el salon, preocupado, orriblemente descontento, mordiéndose los bigotes: al fin dijo a Mistral:

—¿Crees qe tengan esos pescadores con qe volverme cambio de un billete de mil francos?

—¡Mil francos! ¿En dónde diablos los an de tener?

—Lo siento muchísimo por ellos, dijo el Comandante, qe lo sentia mucho mas qe los qe él creia lo ubian de sentir tanto; pero no tengo sino billetes de banco de mil francos en mi escritorio. Si no tienen cambio, qe vuelvan mañana al palacio.

—Pero........

—Vamos, déjame estar.

El marsellés, qe tenia una carrera de razones para tomar a su amo, como se verá despues, se marchó, i fue preciso qe les iciese consentir a los pescadores de Villeneuve—Saint—Georges en volver al dia siguiente al palacio de Chandelier por su dinero. La preocupacion del Comandante Mauduit abia sido estraordinaria [illegible] sobre todo, qe ni una sola palabra llegase a los oidos, demasiado distraidos para eso, de su desgraciado amigo.

Pocos minutos despues, volvió al salon Mistral, pero esta vez era para abrir las dos medias puertas, i traer en compañía de otro criado, muy cerca de la chimenea, la mesa con la cena.

—Al fin vamos a cenar, esclamó alegremente el Comandante Mauduit.

Marieux con la cabeza apoyada en el ángulo de la chimenea parecia indiferente a cuanto le decia su amigo, cuando súbitamente se oyó una violenta campanillada a la reja del palacio.

Al oir ese ruido se qedó pasmado el Comandante.

—¿Quién puede venir, murmuró él, a las dos i media?

La campanilla se agitó con mayor fuerza, con mucha mayor fuerza, i se ubiera podido decir qe se divertian algunos en acer mucho ruido para despertar o escitar los criados del palacio.

—¡Diablo! esclamó el Comandante, cuya sorpresa mezclada una inqietud no dejó de advertir de Marieux.

—Seria orijinal, pero no seria esactamente popu-

Página 2: (desem)peñaremos con menos sinceridad y entereza